

al libro, pero haciendo hincapié en la recepción que el último hace del primero. Y como en todo empeño introductorio, queda justificado que no se haga un análisis más detenido y minucioso de las obras nombradas. En una reflexión a menudo cercana al apunte y alejada de la excesiva erudición filológica centra la autora la peculiaridad de su estilo discursivo.

No hay duda de que el énfasis está puesto, más que en una crítica del montaje y retórica interna del texto, en las profusas y a menudo inaprensibles relaciones entre la vida, profesiones, lecturas y amistades de cada uno de estos autores. Se observa con claridad la línea de trabajo crítico, heredera de un método propio de las literaturas comparadas, buscando a veces semejanzas no muy evidentes (por ejemplo, la influencia de Joyce o Freud en ambos autores, o el intento de equiparar dos fenómenos tan disímiles como la Guerra de Secesión norteamericana con la Guerra Civil española).

Podríamos señalar que, si bien la influencia de Faulkner es evidente en la utilización de ciertas estrategias discursivas (simultaneísmo, perspectivismo) y temáticas (descripción de un país en ruinas, personajes abúlicos y fracasados que se hunden inevitablemente en la miseria moral, escepticismo, etc.), podríamos pensar que esta herencia la recibe de otra fuente común. Ambos (Martín Santos y Faulkner) leyeron a Joyce y la autora se ocupa de despejar esta posible objeción, enfatizando los aspectos diferenciales entre Joyce y Faulkner, heredados por el autor de *Tiempo de silencio*. Sigue siendo más llamativa, sin embargo, para el lector común, la omnipresencia de Joyce en esta última novela citada, tanto en su estructuración, como en el manejo del tiempo, en la utilización de las «epifanías», en la estilización de los distintos discursos sociales, en la variedad del monólogo interior, en la deformación (hiperbolización o denigración) de los personajes, lugares y situaciones, en el carácter de *summa* literaria que ambas obras tienen.

En definitiva, este libro representa una muy útil introducción a dos escritores tan complejos como Faulkner y Martín-Santos, mostrando las redes que, a pesar del tiempo, la distancia y los contextos culturales propios de cada uno, unen dos ideologías autorales signadas por el intento de renovación del lenguaje, y simultáneamente, el sistemático intento de destrucción de los mitos sociales.

Universidad Nacional de Mar del Plata.

LAURA SCARANO

Panero, Juan Luis y Fernando Valls. *Sin rumbo cierto. Memorias conversadas con Fernando Valls*. Barcelona, Tusquets, 2000, 229 pp.

Hay un momento en la película dirigida por Jaime Chávarri *El desencanto* (1975), en el que Leopoldo María (el loco de los Panero) dice que

hay que decidir entre contar la épica de la familia o la verdad. A partir de ahí dirige unos durísimos ataques a su madre, Felicidad Leblanc, quien va poniendo diversas caras de resignación y circunstancia. En sus memorias Juan Luis Panero se ha decidido por la épica, y su pose cinematográfica de niño terrible en la película de Chávarri se queda en una contradicción de liberal español de familia de derechas de toda la vida, enormemente trabajador, y a quien sólo el consumo abundante de alcohol lo asocia con la bohemia, con su padre, poeta oficial del Régimen, y con sus hermanos también consumidos por los excesos.

*Sin rumbo cierto*, como su título indica, hace bueno el adagio machadiano de que se hace camino al andar. Estas memorias siguen un orden cronológico y narran los acontecimientos importantes en la vida de su autor, su familia, sus mujeres, sus lecturas, sus encuentros y amistades con intelectuales, su trabajo, su cáncer y sus publicaciones. Su infancia es una de privilegio, vida en Londres, ya que su padre es el director del Instituto de Cultura Hispánica (el franquista), y su amistad siendo un niño con Luis Cernuda. Más tarde narra su experiencia en el infierno del internado de El Escorial, que contrasta mucho con lo que cuenta Manuel Azaña en *El jardín de los frailes*. En la España «imperial» El Escorial es el bastión de la ignorancia y la desinformación franquista. El único rayo de luz es Sofía Loren rodando *Orgullo y pasión*. Además de su padre añade a la genealogía familiar el venir de una rama bastarda de Joaquín Costa, el político y ensayista regeneracionista. En su juventud pasa a trabajar en el Instituto de Cultura Hispánica, milita en el Partido Comunista pero de una forma heterodoxa, con el pelo largo y compartiendo el antiestalinismo de Camus. Abandona pronto el partido. La muerte de su padre en 1962 supone un fuerte golpe emocional y económico para la familia, que queda desbandada e invertebrada. Hay dejes señoritos en el libro, por ejemplo, se recuerda con cariño monumentos vistos antes de su masificación por el turismo. Estaban bien mientras sólo eran para un grupo de privilegiados, mal cuando las masas tienen acceso a ellos. Esto le marca mucho y de ahí su afán no sólo de leer los libros de los autores clásicos vivos sino de cultivar su amistad: Juan Rulfo, Octavio Paz y Jorge Luis Borges. Juan Luis Panero se hace poeta gracias al magisterio de Vicente Aleixandre, quien desde su patriarcado de Velintonia decidía amablemente quién tenía las cualidades para ser poeta y quién no; a Juan Luis le tocó serlo. José María Maravall también le ayudó publicándole poemas en *Cuadernos Hispanoamericanos*. Ya en el futuro será Carlos Barral quien lo encauce de nuevo. En los sesenta Panero pertenece a la versión madrileña de la «gauche divine» mientras trabaja para *Selecciones*, con viaje a la Ibiza hippy incluida.

Otro de los hilos conductores del libro son los museos que va recorriendo por todo el mundo y cuadros que marcan su vida personal e intelectual. Lo que diferencia a Panero de otros intelectuales españoles, y esto es extraordinario, es que haya trabajado por muchos años en Colom-

bia y México para Círculo. Panero es un experto editor y uno de los mejores antólogos del mundo editorial hispano.

Lo más significativo de Juan Luis Panero es que a la hora de juzgar a la poesía su gusto y destreza personal han sido más importantes que el canon, de ahí su admiración por dos poetas que dicen poco en la poesía española, uno es el mexicano Salvador Novo (y eso que Octavio Paz se lo menospreció) y el otro es el poeta catalán Joan Vinyoli. Novo y Vinyoli son dos poetas fundamentales de la poesía iberoamericana del siglo xx y hay que alabar su buen gusto literario. Como éste es un libro «épico» nos quedamos sin una explicación convincente del amor que Juan Luis Panero sintió por Jaime Gil de Biedma y que le hubiera hecho renunciar a su heterosexualidad.

*Sin rumbo cierto* complementa su *Poesía completa (1968-1996)* y su *Los mitos y las máscaras* (1994) porque lo que predomina en las memorias es la vida intelectual de Panero. Su poesía es también muy intelectual, plena de referencias intertextuales y *Los mitos y las máscaras* recopila los artículos (mayoritariamente periodísticos) de crítica literaria, en los que ha reflexionado sobre los autores que le interesan. La autobiografía, el poemario y la colección de ensayos han terminado formando una trilogía.

En resumen, *Sin rumbo cierto*, ganador del XII Premio Comillas, es un libro importante porque es una pieza más a añadir al puzzle de la vida intelectual española de la segunda mitad del siglo xx. El lector, especialista o no, hubiera agradecido un poco más de vida, «verdad» según la definición de Leopoldo María, y menos *curriculum vitae*.

Kansas State University

SALVADOR A. OROPESA

Miguel Ángel Lozano Marco. *Imágenes del pesimismo. Literatura y arte en España. 1898-1930*. Alicante, Universidad de Alicante, 2000, 119 pp.

En su introducción a *Imágenes del pesimismo*, Miguel Ángel Lozano Marco afirma que los primeros cinco capítulos de su estudio versan sobre tres temas que se entrelazan, a saber: el *topos* de las llamadas «ciudades muertas», la percepción de la «España negra» y la «estética de la resignación» en Azorín. Pasa a apuntar que los tres apartados restantes se centran en la obra de José Martínez Ruiz. Si bien sirve de gozne entre las cuatro exégesis iniciales y lo que viene después, el capítulo V, «Azorín. Una estética de la resignación», también indaga en la obra del escritor monovarense. Por tanto, *Imágenes del pesimismo* de veras se divide en dos partes: cuatro estudios que abarcan las obras de los belgas Georges Rodenbach y Emile Verhaeren, las de la Generación del 98, el arte de Regoyos y Solana y, finalmente, cuatro aproximaciones al vasto quehacer literario de Azorín. Para Lozano Marco, el interés y la pretensión de este